Gatos grises y Mosquitos de Cerveza.

Alejandro Psc

Capítulo 1

Estaba en mi trabajo esperando que fueran las seis de la tarde para largarme. El Johnny coloca su pen drive. En el equipo musical empieza a sonar una horrible canción que perfectamente podría haber sido escrita por una persona en estado vegetal. La canción decía algo así como. Me gustas. Yo te gusto. Me gustas. Yo te gusto y luego un coro en que se juntaba una voz masculina con una femenina gimiendo como si estuvieran follando. Al final de la canción se sabe que el "músico" es el amante de la que llama su bebe. Patético. A veces pienso y veo a Johnny Peña. Y me preguntó si en algún momento habrán pedido certificado de antecedentes para contratar gente.

Por otro lado estaba Roberto Muñoz. El personaje que en las películas de acción norteamericana llamarían el veterano. Me mira y hace una mueca de desaprobación y dice que en su época si existían artistas de calidad. Sandro. Aznavour. Leonardo Favio. Aunque no apruebo aquel gusto musical me siento más identificado con una canción como "Boheme" que con "baila baila baila" que sólo sirve para que los jóvenes de hoy después de arreglarse horas frente a un espejo lleguen a una discoteca a rebotar descerebradamente sudando como un puto cerdo.

El tercer personaje era la vieja Oporto. La Jefa. Una señora de cien años pero que todavía se colocaba pantalones apretados y compraba su ropa en Foster. Mientras la Oporto hacía la caja y daba la orden a Johnny Peña que bajara la cortina. Roberto Muñoz me miraba y decía algo así como "es hora de irse a la mierda". Don Roberto era todo un personaje. Recién separado de su pareja. Llevaban veinte años juntos. Había intentado suicidarse. El intento le había salido mal. Y ahora tenía problemas con los tribunales ya que incluso matarse en este país estaba mal visto. Robar no. Curioso. Roberto Muñoz había encontrado a su pareja con un tipo más joven que él en un banco de una plaza. Besándose como si fueran niños de quince. Patético pensó él. Pero no tanto como para no llevarlo a su intento de suicidio.

Por lo general una vez cada dos meses el Roberto y yo íbamos al bar Maison Juliette o al Elite. Para terminar la noche siempre caímos en el cabaret Picasso. Único lugar del centro donde podías encontrar bailarinas con reumatismo, artritis, gordas mórbidas, enanas y chicas extrañas. Esta vez el viejo estaba de tan mal humor que dijo. Tranquilo Wallace. Hoy iré a casa, me beberé una botella de vino y conectaré el canal de deportes. Dicen que hoy pasarán el partido entre Cerro Porteño y Corinthians por la Copa Libertadores. Vaya panorama de mierda. Seguro que a los cinco minutos se queda dormido con la botella en la mano y una mancha de orina en los pantalones blancos de tela de esos que le gusta al veterano.

No me imaginaba terminar a los sesenta años en mi casa haciéndome cliente del canal del futbol o socio del club de futbol de moda, gordo y calvo levantando un banderín cada vez que mi equipo marcaba un gol. Patético

Bueno. Calvo ya me había quedado. Empezó hacia el año 2006 con un pequeño círculo en la nuca que hacia el 2010 ya me llevó a pasar de mi corte de cabello estilo Brian Molko a raparme por completo. Lo peor vino después. El círculo empezó a crecer hasta alcanzar casi la mitad del cráneo lo que me llevo a usar gorra y compensar la calvicie con barba canosa y poblaba. Era una barba estilo Dave Lombardo de Slayer. Pero canosa. Lo que era peor.

La vieja Oporto cerraba la tienda de artículos de repuestos. Decía el cómputo final. Esos cómputos que no le interesan a nadie a excepción de los jefes o de los encargados que aunque ganaban poco se alegraban que el negocio fuera bien. Como si fuera de ellos o lo fueran a heredar. Patéticos. La vieja me mira y me dice con su eterno olor a coñac. Que haces hoy. Nada le digo. No estoy tan desesperado. Seguro la vieja quiere que le presente a algún amigo joven para intentar follarselo. Todavía le quedaban ganas a la veterana. Haría una buena pareja con el Roberto.

Se había terminado el día laboral. La persiana ya estaba abajo. Nueve horas diarias. Nadie esperándome en casa. No tenía familia. Alguna vez había tenido un hijo. Hoy tenía veinte años. Era gordo y feo. Estaba estudiando enfermería y parecía que le gustaban más los hombres que las mujeres. Era un ecléctico de esos que te escuchan desde post punk a bachata. No podía entenderlo. Cuando hablaba con alguien le encontraba la justificación y el sentido. Pero en mi interior lo aborrecía.

Sentado en el paradero de la locomoción. Rodeado de treinta personas que esperaban con ansias llegar a su casa después de la esclavitud en que eran sometidos por los empresarios. Me preguntaba cada día porqué no había estudiado como había querido mi padre. Un famoso ingeniero industrial que alguna vez había aparecido en televisión para comentar algún proyecto arquitectónico del gobierno o algún accidente grave. Siempre me había apoyado .incluso me había contactado con un amigo para conseguirme este empleo. Empleo en el que llevaba ya casi quince años. Miro a mi alrededor. Paradero lleno. Lleno de personas fracasadas. Como decía Lou Reed : personas que jamás habían soñado con ser abogados o médicos. No sé si habían soñado con ser dealers. Pero sólo les interesaba del futuro llegar a casa. Besar a la esposa. Jugar con el perro. O simplemente observar la televisión mientras abrías una lata de Amstel.

La cerveza había sido una de mis compañeras en la carretera de la vida. Ahora había pensado, no tenía cerveza en mi hogar. Frente al paradero del bus se encontraba la famosa botillería “Cirrosis crónica”. Lo sabía porque había pasado miles de veces por aquel sitio. La “cirrosis crónica”

había sido de esos locales que se habían instalado en la ciudad hace casi cien años. Había sido inaugurada por inmigrantes europeos. De esos que viajaban meses en barcos llenos de ratas buscando un mejor futuro. Ahora seguro el local era atendido por el bisnieto del dueño. Mientras medito de estas cosas observó el cartel verde de la botillería. Aunque no logró juntar las palabras ya que mi vista me estaba fallando sabía lo que decía el cartel. Me decido a cruzar.

Miro hacia ambos lados antes de cruzar. Siempre lo hacía. Tengo 47 años y no quiero morir todavía. Porque sé qué no seré recordado como James Dean, Hendrix o Cobain. Aunque esos tipos no me generaban demasiado cariño tampoco los conocía a fondo como para odiarlos. Lo mío eran los verdaderos cracks de la oscuridad. Peter Murphy. Robert Smith. Siouxsie. Morrissey. Verdaderos héroes de mi adolescencia. "Once upon a time singles "o "Faith" habían sonado hasta el cansancio el día que falleció mi abuela.

Smith verdadero héroe. Que me introdujo en la música. Le debía todo. Aunque siendo sincero los buenos tiempos de estos artistas habían pasado hace rato. Era cosa de ver la barriga de Morrissey cada vez que se quita la camisa en concierto. Nadie creería que no comiera carne. O Peter Murphy. Qué te pasó Pedrito. Más cercano a una parodia de sí mismo. Arrestado en su propio concierto. Insólito. Y de música ya ni hablemos. Último disco bueno de Cure. Año 1985. La cabeza sobre la puerta. Aunque claro estos personajes seguían vivos pero en decadencia. En la misma decadencia en que me encuentro ahora. Como esos jugadores de futbol que luego de los treinta ya no les responde el cuerpo y terminan retirándose entre lágrimas en una conferencia de prensa donde todos te dan palmaditas en la espalda. Así cómo diciendo. Ya tranquilo. No haga el número abuelo. Enciérrese en la casa. No olvide ponerse el pañal.

Tenía 47 años. Y si me pongo a pensar en morir a los 78 años. Que era una edad razonable. Aun me restaba casi la mitad de la vida que había transcurrido. Se decía en silencio mientras esquivaba un Mercedes Benz. Lo triste de todo esto es cuestionarse si 78 es el doble de 37. Lo que me hacía sentir casi como un anciano que no podía resolver una simple solución matemática. Todo al demonio con los números. Todo por culpa de los malditos griegos. Algún amigo difuso alguna vez le había dicho. "hay que tenerle respeto a los griegos". Pero también pensaba que todos estos grandes pensadores griegos se acostaban con jovencitos

En el local me atiende un jovencito de unos dieciocho años que cree que lo sabe todo y que está escuchando Luis Miguel. Y cantando como si se fuera a acabar el mundo. Quién lo diría. Yo a su edad me sumergía tardes enteras a escuchar los discos de Smiths. Jamás hubiera pensado que nuestros jóvenes heterosexuales en el futuro escucharían Luis Miguel. Y lo que era peor. Que no les diera vergüenza reconocerlo. En la Tv estaban dando un partido de la Copa Libertadores entre Racing y un equipo

boliviano. El local olía a cerveza fermentada. Así como si hubieran limpiado el suelo con cerveza. Había una comunidad de mosquitos pequeños que vivía en el local. Algunos incluso ya tenían documentación e incluso podría asegurar que alguno se quejaba de la música y pedían a gritos Bauhaus.

Salgo del local antes que uno de los mosquitos vaya a tratar de venderme algo. El pack de cerveza Mahou en la mano. Vuelvo a cruzar la calle rápidamente. Esta vez más rápido que antes ya que podía divisar los colores del bus que me llevaría al descanso hogareño. Descanso más que merecido. Arriba del bus. Sentado en la parte final rodeado de niños con la mitad del cabello rapado y la otra con cabello con figuras geométricas . Me siento a pensar en cómo había evolucionado mi vida en los últimos diez años. Quince tal vez. Pasar de ser el galán de la disco. El chico más guapo e interesante de las noches. A terminar siempre teniendo sexo una y otra vez. A llegar temprano a casa con un pack de cerveza en la mano. Sin ninguna llamada perdida. Sin mensajes en el teléfono. Ni siquiera un me gusta en la página de facebook. Una vez alguien me había dicho que los cánones de belleza habían cambiado. Que las chicas jóvenes. Cada vez más atractivas preferían otro tipo de belleza masculina. Aunque quizás lo que quería decir es que ya estaba viejo para pensar en niñas de poco más de veinte años. Qué diablos. Me gustaban las veinteañeras. Las prefería a esas de treinta con hijos. Separadas .llenas de traumas. Con miedos. Pero claro estaba en el limbo. Mi calvicie ya no era atractiva a la vista. Y usar una gorra tampoco ayudaba mucho. La barba era necesaria ya que se veía todo muy poco poblado de pelo la cabeza. Pero con canas era patética. Parecía una combinación entre Osama bin laden y Siouxsie. La solución era peor que la enfermedad. En el asiento de adelante había una niña de unos 19 años con falda corta. La miraba de reojo tratando de levantarme la autoestima y tratando de decirme. Qué pensará ella de mí. Alguien de menos de veinte años. Alguien que en los tiempos en que tenía sexo con dos o tres chicas por día estaba recién naciendo. Dicen que la crisis de mediana edad ataca fuerte. Entran dudas y pánico. Sobre todo si aun no tienes tu lugar en el mundo. No tenías una familia formada. Ni auto. Ni casa. La casa la había rozado en algún momento. Pero al momento de morir mi abuela. Habían aparecido todos los tíos y primos que hace décadas habían desaparecido para venderla. Era una buena casa. Un buen sector. Sector residencial. Tranquilo. De esos en los que ni siquiera roban. Definitivamente un buen sector de la ciudad. A su muerte tuve que llevarme mi colección de vinilos a otra parte de la ciudad. Algo más barato. Finalmente la casa la había comprado uno de los primos. El primo Víctor. Evangélico. El pastor de la iglesia. Venerado. No había dudado un segundo en el sentimentalismo para volver a venderla. Hoy la casa era un local de comida sushi. De esos que te llevan la comida a casa también. Alguna vez me pasé por ahí. Había comprado un roll de queso crema camarón. Me había sentado. Bebido una cerveza nostálgicamente. Miraba las paredes. Tenían otro color. Pero la forma de éstas eran las mismas. La chimenea estaba ahí. Muchas veces habíamos compartido con la abuela

alrededor de esa chimenea. Ella me mostraba discos de música italiana o de Miguel Bosé. Yo le colocaba Joy Division. A ratos parecía gustarle. Aunque siempre terminaba diciendo que era una música un poco extraña. Me decía que prefería algunos discos que tenía de Depeche Mode y uno de Erasure que estaba en mi colección. Me lo había regalado una chica. Cierta niña con la terminamos de mala forma. El disco había quedado ahí. A veces mi abuela me pedía que lo colocáramos. Aquella vez había subido al segundo piso. Las mismas escaleras. El mismo baño. Con la diferencia de la decoración. En la habitación que se suponía que era la mía. Ahora había instalado un cartel que decía "prohibida la entrada". Un símbolo rojo. De esos de prohibido. Casi podía entrar en aquel espacio. Abrir la puerta ver pegados unos posters. La colección de vinilos. La cama. Los muebles. Todos aquellas cosas habían terminado en la basura. A excepción de los pocos libros que tenía (Lovecraft, Poe) y de los vinilos. Toda una vida con la abuela habían terminado en un contenedor. Ni siquiera habían sido recogidos.

La pena me embriagaba cuando llegué a mi destino. Había caído la noche. Los perros ladraban en la calle. Habían abandonado un perro en una esquina. Era un pequeño labrador de meses. Los perros desde el interior de los jardines de las casas ladraban por esta extraña presencia. El callejón estaba vacío. Entro a la casa. Enciendo el equipo. Saco de la funda un disco de Dead can dance. Aion. La voz de Lisa Gerrard inunda la casa. De terror los gatos saltan a esconderse. Pareciera que odiarán aquella banda. Lo mismo pasaba con Clan of Xymox. Gallas y con This Mortal Coil. Mis gatos. Hoy por hoy son mi única compañía. Dos machos. Willem II y San Miguel. Extraños nombres. Pero hoy no tengo ganas de contar la historia. Son sólo nombres. Incluso hay gente que no le coloca nombres a las mascotas. Son animales. Se ríen. No hay registros civiles para animales. Buena teoría. Porque tenemos que ponerles nombres. Incluso porque a los humanos tenemos que colocarle nombre. No sería mejor llamarnos. Por nuestras características. Obeso. Manco. Mitómano. Así un largo etcétera.

La noche estaba transcurriendo sin novedades. Mañana no había trabajo. Era mi día libre. Esperaba toda la semana por este día. Tiempo para descargar música. Escuchar los viejos vinilos. Mirar el mar a lo lejos desde la ventana. Colocó la televisión. En Much Music estaban dando un especial de música comercial de los años noventa. Ya saben. Barbie Girl y basuras semejantes. Nunca creí que bandas como Aqua terminarán ejerciendo tanta influencia en la música de los 2010s. Escuchas cierta chica nueva o algún cantante nuevo o dj. E inmediatamente la música te lleva a Barbie Girl o las Spice Girls. En Espn estaban dando golf y un partido repetido de Rugby. Deportes que a nadie le interesaban. Apago la televisión. El disco de la muerte puede bailar sigue sonando. Me siento. Abro la primera cerveza. La encuentro caliente. La colocó en la nevera. Espero diez minutos. La vuelvo a sacar. Perfecta. Me siento en el sofá. Empiezo a pensar que esta sería otra noche como todas. Cuando en ese momento

me llega un mensaje en el teléfono.

Esas noches en que crees que estás tranquilo. Solo. La música y tú. Creyendo que ese es un panorama que te haga feliz a cierta edad. Dudo en si mirar el mensaje. Desde que la aplicación de mensajes habían colocado colores a la flecha. La persona que mandaba mensajes podía saber que lo habías leído. El lado 1 del vinilo había terminado. La aguja seguía girando. Me estaba entrando los nervios. No sabía si leer el mensaje o parar el disco. Me estaba entrando el pánico. Estaba inmóvil en el sofá. Me decido por lo más urgente. Beberme la cerveza. Miro las estrellas mientras degusto una mahou negra. La cerveza de Madrid. Me estaba arrepintiendo de no haber comprado un vino español. De esos baratos que venden en el supermercado. Termino la cerveza. Doy vuelta el disco. Ahora que los astros estaban alineados miraría el mensaje. Desafortunadamente era un número que desconocía. El mensaje es claro. ¿Qué haces hoy? ¿Quieres salir un rato? Para la gente de cierta edad. Sobre los 35 años. Un mensaje de esta calaña pasada las diez de la noche. Es como una invitación a hacer el servicio militar.

Empezar a revisar la lista de contactos. Sería algún amigo abandonado que había cambiado de número. Empieza a mandar mensajes a los amigos que conoce. Todas las respuestas se asemejan. Todos en casa. Alguno acostado. Sólo el "Borracho" estaba en la calle. Le responde con un mensaje extenso. "Amigo véngase. Estoy en el "Diuca" tomando unas cervezas con unos amigos que conocí acá. En el local está sonando Sumo. Me queda poco dinero véngase e invíteme". El texto seguía. No hacía falta reproducirlo completo. No había ganas. Sería más fácil averiguarlo llamando al número.

El mensaje es escueto. "No tengo este número. Quién eres". A los minutos la respuesta. "Soy Martina. En qué estás". Martina. Martina. No creo que sea la Martina que estoy pensando. Le vuelvo a responder "Martina Raquel?". Bueno después de todo sólo había conocido en profundidad a una Martina. Las otras habían sido compañeras de colegio. Una había sido cierta niña punk gorda de unos ciento treinta kilos. Agresiva. Con la cual nunca había hablado. En realidad nadie del curso había hablado con ella. Sólo conversaba con el "Tomate". Ambos eran amigos. Aunque se decía que algo más. Eran los únicos del curso que tenían varios cursos repetidos. Y la otra había sido una chica que había conocido en la Universidad. En esos tres o cuatro meses en qué había estudiado Arquitectura. Pero jamás había hablado con ella.

Vuelve a llegar un mensaje. "Si. Quién más creías. Vienes o no". Sorpresa. Años sin hablar con Martina. Quizás nueve o diez. Después de aquella vez que habíamos discutido porque ella estaba hablando con un amigo en el Maison Juliette. Jamás le había perdonado que lo hubiera dejado de lado para hablar con otro. Aunque en realidad sólo habían sido veinte o treinta minutos. Y la conversación sólo giraba en torno a Mies van

der Rohe. Ella y el amigo eran compañeros de universidad. Estaba estudiando arquitectura. Y ella si había durado varios años. Estaba en tercero en ese momento. Aquel día había abandonado el local dejando a todo el mundo ahí sentado. Creía que después de un rato se habían dado cuenta de su ausencia. En ese momento estaba bailando Dead or alive y the Associates en la discoteque "Heaven or las Lelas". Jamás había contestado sus llamadas. Jamás la había llamado. Alguna vez ella intentó saludarlo en la calle pero había optado por cambiarme de acera tratando de disimular que no la había visto. Había tirado por la borda casi un año de relación por un impulso de borracho. Después de todo no había tardado mucho en reemplazarla. A la semana siguiente había conocido a Julieta. Una chica algo menor que estaba estudiando Sonido en la Universidad. Era fan de Kinks, Kills y Kasabian Y sus directores favoritos eran Kiarostami, Kuarismaki y Kieslowski.. Qué más se podía pedir. Martina había pasado a mejor vida para él.

Qué era lo que ahora le impulsaba a escribirle. Lo había visto alguna vez en la calle. Quizás lo había divisado. Había visto cómo estaba. Quizás le había visto la barba. La gorra. Le había generado pena. Sí. Eso es. La pena la hacía tratar de ubicarlo. Ahora era un personaje normal. Las mujeres ya no se fijaban en él. Ya no era el personaje que entraba en una fiesta y la mujeres se deban vuelta a observar su cabello. Su cara ya no inspiraba nada. Es más, ahora daba pena. Ella estaba haciendo una buena acción. La acción buena de la semana. Sacar alguien de su tumba. De su tumba con los gatos. Como en el antiguo Egipto.

Estaba en línea. Se decidió a hablar con ella para ponerse al día. Hey . cómo estás. Tanto tiempo. La típica pelotudez que se decían las personas que no se habían visto hace años. Todo bien. Mejor conversemos en persona. Puedes. Tengo ganas de recordar viejos tiempos. De tomarme una cerveza. Le había respondido ella. Había meditado si aceptar o no la invitación. Todos sus temores empezaron a aparecer. Le pregunta: Me has visto en la calle Martina. Por eso me escribes. La respuesta es clara: No. Quedamos a las 11.30 en el Maison Juliette. Siento que la angustia me sube por la espina dorsal. No sé qué contestar. Al final coloco un triste "Ok". Y con eso he sellado mi vuelta al mundo real. Mi vuelta cuando pensaba que sería una noche tranquila acompañada por mis gatos y unas cervezas.

La decadencia había llegado. Las canas estaban a lo largo de la barbilla. Saltando como si fueran pequeños animales enjaulados. Las arrugas. Las dudas. La autoestima estaba por los suelos. Cada vez que alguien lo veía por la calle los comentarios herían mi sentimiento. Estaba convencido de quedarme solo bastante tiempo desde que mi última pareja me había dejado. Alegando desgaste. La vida se le había venido encima. Recuerda aquel día. Ambos sentados en la orilla de la cama. Después de una noche en la que habían hecho el amor. Ella dijo que sólo se trataba de un desliz. El creía que en verdad estaba enamorada de alguien más. Escuchando Lou

Reed. Transformer. La última canción. Le había dicho que ya no lo amaba. Como decía elliott Smith. La gente te quiere o no. Ella no. Ella se había llevado muchas cosas. La mascota que habían encontrado en la calle. Una perrita sin raza de la cual él se había encariñado. Habían compartido en tres años y medio cerca de mil paseos. Ella la había sacado cuatro veces. Habían repartido discos. Muebles. Y sobre todo le habían roto el corazón. No era feliz.

Martina era una incógnita. Se habían acostado miles de veces en los tres años en los que habían estado juntos. Al principio el sexo fluía. El la quería sólo por eso. Nunca se lo dijo. Era su chica anal. Como le decía. Rebelde. Irreverente. Aconsejaba a sus compañeras de trabajo a hacerlo por detrás. Y su cuerpo y su ano era como una telaraña que te atrapaba y se movía al compás del viento. Había disfrutado de aquellas veladas anales. Como la primera. Después de unas cervezas en una terraza. Era verano. Verano del 2010. Habían ido a casa. Se habían besado. Ella lo había llevado a la cama. Se le había subido. Estuvieron haciéndolo toda la tarde. Cuántas veces. No lo recuerda. Seis o siete veces. Se habían vestido. Habían ido al bar de la vuelta. Habían comido un sándwich de ave. Luego regresado y habían seguido haciéndolo. Hasta que él no tenía semen. No podía terminar. Aquella tarde la recuerda como especial. También la vez que habían hecho un pequeño viaje a cierta ciudad norteña. Toda la tarde teniendo sexo. Fotografías. Sexo en el balcón. Todo se había enfriado en el viaje de vuelta. Al tiempo habían terminado.

Era la hora acordada. Se arrepentía de haber llevado la ropa que había elegido. Incluso los zapatos le resultaban patéticos. Su vida era patética. Era de noche. Hacía frío. Cuatro perros callejeros dormían sobre unos cartones cerca de un portal. Olía a orina y mierda. Habían pasado cuatro jóvenes engominados. Uno de los cuatro olía a sobaco. Si levantaba los brazos podía acabar con la fauna de todo el cono sur.

Maison Juliette no prometía mucho. El Local estaba abarrotado. Pero de borrachos sexagenarios. Seres que por alguna razón habían terminado sus noches y sus madrugadas bebiendo pequeños vasitos de vino. Sólo había hombres. La única mujer era la “Loca Julia”. La dueña del recinto. Mujer corpulenta. Físico de tiradora de jabalina olímpica. Cabello corto. Color rojo. Lunar en la mejilla izquierda. La “loca julia” no sólo era dueña del local también tenía dos gatos machos.

A lo lejos se le veía llegar a Martina. Debía ser el único caso en la ciudad de persona que no envejece. Se veía cinco o seis años más joven. Hasta diría que las arrugas de la última vez habían desaparecido. Pantalones skinny negros. Nada de agujeros. Eso era una moda perenne. Blusa negra. Anillo de piedra. Flequillo. Zapatos rojos en punta. Era inevitable no enamorarse. Aunque cada diez minutos se enamoraba de alguien en la calle. Esta vez era enamoramiento definitivo. Se acerca. Le sonríe. Lo abraza. Contacto físico. Era una escena tan hermosa. Que juraría que a

los perros de la calle se les caía su lágrima.

La inseguridad crecía. La belleza de su chica anal lo intimidaba. Se le ocurrió la primera incoherencia de la noche.

Qué te parece maison Juliette. Pareciera que está un poco lleno. No se ve mucho ambiente. Quizás deberíamos ir a ver otro sitio.

No sabía porque había dicho semejante frase. A veces creía que el cerebro se conectaba en modo automático. Sin que la sangre llegará a la cabeza. Ella asintió. No dijo nada. Lo que confirmaba que había dicho algo estúpido. Comenzaron a caminar calle arriba. Cruzaron tres cuatro calles. Atravesaron la zona de los bares. Se adentraron a la zona de los bancos. Doblaron en la siguiente esquina. Recordó el bar al que habían ido la primera vez. Ya no existía. Hoy era un bazar chino. "El Gran Mao". Se quedó mirando largo rato el escaparate. Miro el letrero rojo. Pensó en aquella vez. Ella usaba una camisa de jeans color celeste. Se le veían unas tetas poderosas. Ella venía del cine con una amiga extranjera. Habían visto una película de Julia Roberts y Javier Barden. A él le había interesado poco verla. Prefería Herzog. Por fin llegaron a la plaza de los bares. Subieron un poco y se metieron al "Bar del primo". Lugar regentado por un francés insípido. Poco pelo. Lentes. Hablaba poco español y mal. Ni siquiera se sabía si hablaba bien francés. Era la persona con menos carisma de Francia. Eligieron un lugar. Se sentaron. Apareció la camarera. La clon de Amy Winehouse. Incluso se hacía llamar Amy. Tenía menos carácter que una banda tributo. La primera cerveza llegó. Al primer sorbo tuvo una erección. Era hora de ponerse al día con Martina. Al día con la suerte y al día con el sexo.

Martina le había contado que estaba trabajando en un centro de estética. Uñas. Depilaciones. Cosas afines. No era muy entretenido. Pero pagaban bien y la vestimenta era informal. El horario dependía de los clientes. Cuatro clientes al día. Se terminaba y se iba. Tres de la tarde. Doce del día. Ocho de la noche. Ella ponía el horario. Lamentablemente tuvo que admitir que seguía trabajando donde siempre. Las mismas caras. Los mismos artículos. La misma jefa. Lo único que había variado había sido el sueldo. Aunque para peor. Había subido poco. Inversamente proporcional a lo que había subido el precio de todo. Del arriendo. De la compra del supermercado. De la cerveza. Del billete del metro. El mundo había dado un giro y él se había quedado atrás. Desfasado. Deslucido. Desteñido. Sentía que en cualquier momento se pondría a llorar. La segunda cerveza había llegado. Era una cerveza roja color ámbar. Tenía buen sabor. Ahumado. Después de recordar ciertos capítulos de la vida la cosa parece que mejoraba. Las anécdotas siempre habían sido su fuerte. Siempre había tenido la habilidad de hacer reír a los demás. Martina estaba riéndose.

Ella hablaba y parece que todo lo que decía o contaba tenía estilo. Podía hablar del tema que uno quisiera. Música. Libros, política. Cine. Series. Corea del norte. Lo que fuera. En el local sonaba Arctic Monkeys. Nunca le habían gustado. Martina comenzó hablando sobre su vida privada. Le contó que hasta hace unas semanas tenía pareja. Pero él se había ido a Bélgica a estudiar un posgrado. Era Biólogo marino. Se había separado hace nada. Al principio la comunicación era a diario. Luego algo había notado raro en su lejanía. Un día simplemente no llamo más. Le escribió un mensaje por facebook Messenger diciéndole que había conocido a una belga de nombre Monique. Se había enamorado. Todo se había acabado. Enunciaba razones que a nadie le importaba. Terminaba el mensaje con un emoticón sonriente. Así era como había terminado una historia de amor en el 2018. Con un emoticón sonriente. Así era como se desarrollaban las relaciones humanas. Caras sonrientes. Caras tristes. Pensativas. Ojos llorosos. Lágrimas. Dónde había quedado la pasión. El mal carácter. La personalidad. Un smile sonriente.

Las cervezas seguían llegando a la mesa. En el bar sonaba Tindersticks. Lo cual era bastante raro ya que no invitaba al júbilo. Los amaba. Cuantas depresiones pasó escuchando sus discos. Recordaba aquella escena de Intimidad. Dos cuerpos desnudos. Al final de la película el esposo luchando por la mujer infiel. El encargado de la música pareció recapacitar y la música dio un cambio radical. Ahora sonaba Shampoo. Ella hablo de sus proyectos. Quería instalarse con una peluquería propia. Donde también realizaría uñas, limpiezas faciales y uno que otro arreglo facial clandestino. El único proyecto que tenía él era beber cerveza y ser feliz. El único consejo que le había dado su padre. Una vez le regalo un libro de Cheever que decía: “sé feliz” navidad 2009. Era la única vez que el padre había abierto su corazón al hijo. Nunca lo entendió. Su vestimenta negra le confundía. Un día le preguntó si era satánico. No padre. Sólo es un estilo de música. Post punk. New wave. Le explicó quienes eran Clash. Cure. Siouxsie. Cosa mala ya que los padres debían explicarle a los hijos cosas. Hacerles descubrir. Guiarlos. Aquel día lo defraudó. Poco después decidió marcharse. Ahora su padre, separado, pasaba las tardes de fin de semana viendo entre cinco y seis partidos de futbol. Bebía cerveza sin alcohol y cuando podía concurría a la iglesia bautista los domingos.

La conversación dio un giro inesperado. Él la miro. Se decidió. En ese momento el dj puso “the holy hour”. Lo supe. La volvió a mirar y pensó matemáticamente. Si alguien tenía sexo con una persona automáticamente podía volver a hacerlo siempre. Las veces que quisiera. Dónde quisiera. Aunque fuera en un universo paralelo. Porqué en verdad que es el pasado. Tenía la teoría que todo el pasado debía estar sucediendo. No sé borraba. En algún sitio debía estar ocurriendo. Quizás en un universo paralelo. En otro universo ellos estarían follando varias veces. En este momento estaban follando. Lo patético es que no tenía ninguna erección. Alguien se había obsesionado con el disco de los Cure.

Sonaba “Other voices”.

Ella lo miró y le hizo la pregunta que haría Rob Gordon siempre que cayera en la crisis de los cuarenta. ¿Por qué me dejaste? Pensó en responder como lo haría Zeta Jones. Hace años le hubiera respondido de una forma irónica. Ahora estaba comedido. Lo pensó mucho. El silencio era eterno. La miró largo rato. Dejó que las canciones de Cure sonaran en su cabeza. Ordeno sus ideas. Meditó. Sufrió la inseguridad de quedar mal. Recordó a su ex pareja. La recordó caminando por cierta calle dónde había bares y locales de kebab. Se habían metido en uno y habían visto un partido de la Copa América. A ellos no les interesaba mucho. Cerveza negra. Corazones rotos. Todos los gatos son grises.

Martina, dijo, eres una mujer fantástica. Quizás no tanto para tener una relación duradera. Pero si para desde acá dentro guardarte con cariño un espacio en mi vida. Un espacio gris. Un espacio que sería como un gato. Habría que cuidarlo. Quererlo y esperar que en cualquier momento mordiera la mano que le daba de comer. Ella no entendía lo que le estaba contando. Él prosiguió. En verdad no tenía explicación de porqué la había dejado tirada aquel día hace años. El alcohol, la respuesta fácil. Martina tenía guardado un discurso.

Lo que sucedió a continuación queridos lectores no lo recuerdo, voy a intentar interpretarlo de la forma en que me hubiera gustado que sucediera. Quizás pasó así pero estaba tan borracho después de varias cervezas que es imposible diferenciar entre realidad, anhelo y sueño de borracho.

Martina seguía hablando. De su vida. De sus proyectos. De ella. Todo lo que podría ser interpretado como una mujer fatal estaba ahí. Frente a mí. Con un flequillo matador hablando de todos los temas que me interesaba. De todas las cosas que me gustaba. No será que habrá leído ese estúpido libro “el secreto” donde dice que hay que imitar cada movimiento de la persona que deseas para que ella se fije en ti. Idioteces. Sólo eso. Pero Martina se había convertido en una mujer interesante. En qué momento pasó eso. Estaba muy borracho para entender realmente lo que decía. Pero la miraba como movía sus manos y le resultaba interesante. Atractiva. Besable. Tenía unos labios besables. Estaba tan ebrio que empezaba a moverme con la música de lo que pusiera en dj. De pronto se vio bailando una canción de Coldplay. Se miró desde afuera y se encontró patético. Recordaba muchos momentos en que se encontraba de esa forma. Patético. Como cada vez que iba al supermercado. Aquel que quedaba en la calle principal. Arrastraba el carrito por toda la tienda. Pensaba en su menú diario. En las noches. En las veladas con vino. Echaba alimentos. A la mitad se veía observado como si estuviera en el show de Truman o en un reality. Se escondía detrás del palet de papel higiénico y se largaba a llorar. Dejaba la cesta de la compra y salía raudamente. Respiro profundo y se tranquilizo. En ese momento la chica

interesante le dijo:

Sabes porque te he llamado, porqué te busque. En serio quieres saber porque te he buscado. No te va a gustar. Es una especie de venganza. Recuerdas el día que me dejaste tirada en aquel bar de poca monta. Con los suelos mojados. Mosquitos viviendo dentro de las botellas. Recuerdas el nombre del bar. Negué con la cabeza. Obviamente lo recordaba pero era mejor no echar leña al fuego. Desde aquel día prometí vengarme. Recuerdas el amigo que estaba ese día. El autista. El gordito que nunca lo hemos visto con novia. Me lo llevé a casa. De venganza. Me lo fornique varias veces. Aunque él estaba dormido. Hice todo el trabajo yo. Nunca te lo contó. Bueno ahora yo lo hago. Te odié tanto que busque a todos tus amigos de facebook y me acosté con casi todos. Sabes quién, aquel amigo tuyo. El enano que vive en el centro de la ciudad. También a él. Vaya amigos pensaba yo. Vaya mierda de amigos. No por lo de la chica sino porque un gordo calvo y solitario. Un enano. No tenía amigos normales. Ella prosiguió. Me dijo. Menos con uno o dos que habían muerto. Y ahora te veo acá como un insecto tan insignificante. Has perdido todo esa sensualidad que tenías. Estás gordo. Sin carácter. Como un ser neutro. Antes rebosabas de confianza. Eso era lo que te hacía ser tan atractivo. Tu confianza. Ese aire de poder con cada una de las chicas del sitio. Y con todas también. Te creías poeta. Artista. Y mírate ahora. Trabajando para una empresa de mierda por cuatro monedas. Ya no tienes tiempo para la poesía. Eres un fracasado y lo sabes. No evolucionaste.

Sus ojos estaban rojos del rencor. Es raro estar años con algo así guardado y luego un día sin más soltarlo. No entiendo lo que estaba sucediendo. Tampoco es para que estemos así. Menos estar así años. Estás convertido en un estropajo humano. Sin confianza. Cuál es tu problema hoy en día. La calvicie. Quedarte sin pelos te dejó sin confianza. Contéstame pedazo de mierda. Te busque. Te busque mucho tiempo. Logré hallarte. Ahora voy a hacerte la vida imposible. No te dejaré en paz.

Casi todo lo que decía tenía sentido. Ya no me tenía confianza. En parte nació con la caía del cabello. Cuando me miraba con barba canosa me veía fatal. Cuando la afeitaba era peor. Parece que la cara se hubiera queda vacía. Como una hoja de papel vacía. La autoestima estaba a nivel bajo tierra. Cada vez que miraba a una chica. La miraba pero sabía que no tenía ninguna oportunidad. Luego la veía con otro personaje aun más feo. Ahí caía en la cuenta que era abordable. Pero se formaba un loop infinito con las otras. Es una cosa de confianza. Lo sé. Todos los días me digo que cambiaré. Que me importa una mierda. Que todo irá mejor. Pero siempre algo pasa y se va al suelo todo. Si no es el alcohol. Son las circunstancias.

Definitivamente necesitaba una cerveza. Llamó al camarero. Se acerca y nos indica que ya están cerrando el local. Pero cómo es posible. Miró el

reloj. Casi son las 4 am. Terrible. Martina me mira y dice. Vamos. Es hora de pagar e irnos a la mierda.

Salimos del local. Hacía frío. Un vagabundo dormía en la esquina. Sólo llevaba encina una frazada. Se le veían los pies. Sus uñas era larguísimas. Sus uñas se veían muy duras. Llegamos a la esquina. Saca su teléfono. Marca un par de teclas. Trato de ver con quién está hablando. No mires me responde indignada. Espera ahí. Siéntate. Aparece un vehículo y me hace señas que nos subamos. Era un uber. El uber era elegante. El chofer venía escuchando Rihanna. Tenía un mechón del cabello rosado. Intercambian una que otra palabra sobre la dirección. Me duermo.

Me despierta pasados unos minutos. Pareciera que el efecto de las cervezas se hubiera reducido en un 80 %. Ya no me sentía tan mareado. Ella paga y salimos a la calle. El vehículo se va. Me dice: sígueme idiota. Uf. Qué carácter. Pero le hago caso ya que me imagino que algo bueno va a pasar. Sexualmente. Obvio. Luego reflexiono y caigo en qué me estaba tratando como la puta mierda. Le digo hey. Cuidado no me trates así. Calla imbécil o te quedas aquí tirado y sin sexo. Me quedo callado largo rato y la sigo. Entramos a la casa. Era realmente bella. Acogedora. Libros en el suelo. Les doy un vistazo. Paul Auster. Nothomb. Duras. Vaya buen gusto. Desaparece.

Aprovecho de ir a la sección de discos. Bastante cd. Colocó un disco de Johnny Cash que estaba a la vista. Colocó la versión que hizo de "In my life". Me siento y empiezo a mirar las paredes. Recortes. Fotos. Postales. Aparece ella en camiseta y con dos copas de vino. Me dice: hey, no encontraste algo más alegre de música. Bebo un sorbo de vino. Me levantó y empiezo a analizar los otros discos. Estaba entre la lucha mental de qué quería escuchar yo y qué le gustaría a ella. Pero qué carajo sabía yo de ella. Si jamás le había puesto atención cuando nos conocíamos. No sabía lo que le gustaba. Sus gustos. Qué odiaba. No sabía nada de ella. Y ahora estaba aquí en su casa eligiéndole música. Bueno. Relájate pensé. Si son de ellas le deben gustar. Cuenta hasta cinco y mientras el dedo va avanzando lo detienes y agarras algo. 1.2.3.4.5. Aparece un disco de Depeche Mode. Pero no sabía si me gustaba o no. Mejor volver a hacer el conteo. En ese momento siento una mano agarrándome por la espalda. Me dan vuelta y me da un beso tremendo. Un beso con lengua. Nuestras lenguas se juntan. Saca su lengua y me la empieza a pasar por el cuello. Luego lo besa. Le levantó la cara y le vuelvo a dar un beso. Esta vez largo. Me detiene y me separa. Lentamente empieza a bajar hasta quedar de rodillas en el suelo. Me toca el miembro. Estaba duro el muy putisimo. Baja la cremallera. Hace un esfuerzo para bajar el slip y poder sacar al desgraciado. Lo mira. Lo acaricia y con delicadeza se lo mete en la boca. Me la empieza a chupar. Vaya si que había aprendido estos años. Dicen que a cierta edad cuesta más aprender algunas cosas. Pero ella había aprendido mucho. Pasó de ser esa niña inocente que te lo chupaba como si restregara unos brackets por el miembro a parecer que no tenía

dientes. Parecía un pequeño sopapo succionando. Arriba abajo. Era impresionante. No recordaba una mamada tan impresionante desde la primera que me habían hecho. En la habitación de una amiga. Me la había chupado en el segundo piso mientras sus padres hablaban con alguien en el primer piso. Un vecino o algo así. Cuando terminó tenía la boca llena de semen.

Estaba sumido entre los recuerdos y la mamada. Cuando Martina se detiene y se saca el pene de la boca. Me mira y me dice. Has oído hablar del “polvo de desprecio”. Me quedo dubitativo. No tenía idea. Ven, me dice, yo te lo enseñaré.